

Nueva Sociedad Separatas

Alberto A. Zalles

La encrucijada boliviana: ¿fin del «entronque» y refundación societal?

Artículo aparecido en Nueva Sociedad 194, noviembre-diciembre 2004, pp 4-13.

La encrucijada boliviana: ¿fin del «entronque» y refundación societal?

Alberto A. Zalles

En este trabajo se analiza la encrucijada social y política ante la cual se encuentra Bolivia. Meses después del referéndum de julio de 2004, el país recupera su verdadera dinámica social: la conspiración permanente, suerte de naturaleza intrínseca de la política boliviana, una vieja tradición que suele ser presentada en la literatura social como una «anomia» ejemplar. Además, otro factor de inestabilidad se desprende de la estructura de los partidos que, a pesar de la retórica y buenas intenciones, da forma a entidades institucionalmente vacuas forjadas alrededor de líderes «carismáticos».

Comenzamos el estudio del quechua dirigidos por Aniceto y Pedro...

Ernesto Che Guevara, Diario de campaña, 11 de enero de 1967

Las dos acepciones que corresponden a la definición de encrucijada, en el diccionario de la lengua española, pueden servir como metáforas sencillas para ilustrar la situación a la que ha llegado la sociedad boliviana: 1) como el lugar donde se cruzan dos o más caminos, nosotros diríamos lugar donde se cruzan diferentes destinos sociales y culturales; 2) como una

situación difícil en que no se sabe qué conducta seguir. En cuanto al primer sentido, después de mucho tiempo los actores sociales se vuelven a reconocer casi al margen de la mediación formal que ofrecen los partidos políticos, para enfrentarse y disponerse a diseñar el futuro social, lo que quiere decir redistribuirse el poder y el espacio territorial. La necesidad de una refor-

Alberto A. Zalles: sociólogo boliviano, especializado en sociedad boliviana, campesinado y estratificación y movilidad social en las áreas rurales. Universidad Laval, Québec.

Palabras clave: crisis social, crisis política, Bolivia.

ma, con la cual todo el mundo parece estar de acuerdo, ha tenido su punto de inicio en el referéndum que se llevó a cabo el 18 de julio de 2004, el cual, resuelto en su etapa de consulta, constituye parte de un programa que incluye otras dos demandas perentorias: la puesta en marcha de una constituyente, para remodelar el carácter del Estado, y el reconocimiento de autonomías regionales y étnicas, para cumplir una radical descentralización política y administrativa. Es difícil precisar, en la hora actual, quiénes fueron creadores de ese tríptico que se ha convertido en un lugar común de los discursos de los actores¹; sin embargo, una cosa es clara: la organización política o social, o el líder que tome la iniciativa para su realización, como fue el caso del referéndum, y que trataremos en párrafo aparte, marcará el ritmo de la política boliviana en las próximas décadas. De otro lado, la evidencia empírica de la génesis causal de la triple panacea: re-feréndum, constituyente y autonomías, es la crisis de representatividad de los partidos, la aguda crisis del Estado-nación, y la emergencia de la voluntad autónoma del pueblo aymara y de la región de Santa Cruz (los otros actores que claman por esa reivindicación son secundarios). Esta crisis institucional se ve agravada por el agotamiento de las prácticas neoliberales, que dentro de un contexto de corrupción política, pobreza estructural e ingobernabilidad, da continuidad a la vieja tradición boliviana de inestabilidad social y política.

En cuanto a la segunda acepción, ninguno de los actores define con elocuencia un proyecto capaz de conciliar los intereses que se juegan, un programa de soluciones posibles adecuado a las posibilidades internas del país y al marco que impone el actual sistema mundial. Dicho crudamente –a riesgo de parecer ortodoxos–: un programa que haga conciencia y acepte que Bolivia es un país precapitalista, en consideración al estado estructural de su economía. Precapitalista, porque su producción no está organizada, material y culturalmente, en función de la generación de la acumulación, del ahorro, del refinanciamiento y de la innovación tecnológica. Eso no quiere decir que Bolivia no tenga ventajas comparativas, riquezas o recursos humanos para desarrollarse, elementos que constituyen otro tema de discusión del cual por el momento nos excusamos.

Para ser más explícitos en nuestros juicios, vamos a ensayar una breve descripción de los sectores de la economía boliviana. En el sector primario, la agricultura tiene al menos dos trabas: en el occidente andino el sistema productivo está totalmente fraccionado y desconcentrado²; en el oriente, la producción agrícola sostiene un combate desigual con la Argentina y Brasil, dos monstruos y líderes mundiales en el

1. Una seria y bien argumentada puesta en cuestión de las ideas de referéndum, plebiscito y consulta, puede encontrarse en las reflexiones del politólogo Gonzalo Rojas O. (1999).

2. En 1953, la reforma agraria no pudo ni concentrar ni introducir tecnología; luego los pro-

rubro. En el sector secundario, la industria nunca pudo desarrollarse y su mejor momento fue la implementación de algunos hornos de fundición y refinerías petroleras que hoy son monumentos del pasado. En el sector terciario, nos encontramos con una realidad atomizada que se expresa en lo que se conoce como el gremialismo, palabra inventada en Bolivia, que es el resultado del débil e insignificante poder de consumo de la población. Este último sector absorbe hoy en día, si interpretamos los resultados del censo de 2001, al menos el 40% de la población económicamente activa.

La larga duración de la inestabilidad política y la semántica del movimientismo boliviano

La inestabilidad boliviana tiene una estructura profunda. Meses después del referéndum el país recupera su verdadera dinámica social: la conspiración permanente, suerte de naturaleza intrínseca de la política boliviana, una vieja tradición que suele ser presentada en la literatura social como una «anomia» ejemplar (Debray; Dunkerley; Sorokin). Para explicar mejor esta inestabilidad, desde un periodo más reciente, volvamos a 1982, año que

los analistas políticos identifican como el inicio de la transición democrática. Hernan Siles lideraba la Unidad Democrática del Pueblo (UDP)³, cuando asume la presidencia en octubre de ese año y, recordemos, que solo fue posible gracias a una movilización popular continua, cuyos momentos insurreccionales fueron la resistencia al golpe de Estado dirigido por el coronel Natusch Busch en 1979 y las movilizaciones de septiembre y octubre de 1982. Sin embargo, la transición democrática inaugurada por la UDP rápidamente reproduce la inestabilidad debido sobre todo a la crisis que se origina en el patrón de acumulación minero, que se acentuará por un reajuste estructural neoliberal puesto en marcha en 1985 y por las consecuencias que trae el *boom* de cultivo de coca en función del narcotráfico que además crea un excedente que coloniza de manera negativa los sectores formales de la economía. Pero en el plano político propiamente dicho, la inestabilidad se asocia a las concepciones ideológicas y estratégicas que postula la UDP y principalmente el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR), cuya simpatía y vínculo con el sandinismo, con Cuba y con la OLP, constituyen el *handicap* a la hora de su legitimación frente a Estados Unidos.

yectos de reconcentración, mediante la cooperativización, la creación de empresas campesinas o asociaciones productivas se quedaron como meras intensiones que no prosperaron. En cuanto a probar si las comunidades, los *ayllus*, como unidades productivas, pueden jugar ese rol concentrador, constituye un desafío a ser resuelto por los propios aymaras dentro de su proyecto auto-

nómico. El *ayllu* es una realidad social, una estructura de organización política; nadie ha probado ni histórica ni empíricamente que funcione como unidad económica de producción. En todo caso, la unidad de producción en los Andes es la familia nuclear, la familia campesina.

3. La UDP fue una coalición conformada por el MNR-I, el Partido Comunista y el MIR.

De otro lado, en la acción táctica, el MIR promulgaba, a diferencia de sus aliados el Partido Comunista (PCB) y el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda (MNR-I), un programa radical y explícito cuyo objetivo era hegemonizar el poder. Su credo lo había elaborado en la lucha clandestina contra la dictadura y pomposamente la denominaba la teoría del «entronque». La idea eje del programa era crear una izquierda nacional, un partido político capaz de hacerse heredero del espíritu del MNR, conciliarlo con el marxismo, para retomar «las banderas de abril de 1952», es decir, para consumir la obra revolucionaria que concebía inconclusa⁴. De 1976 a 2004 el MIR y su principal fracción el Movimiento Bolivia Libre (MBL), supo muy bien rentabilizar su «teoría del entronque» y co-gobernar en todas las administraciones⁵. El propio presidente Carlos Mesa, en un gobierno que parece marcar el fin del «pacto democrático», quiso construir un gabinete de «independientes»; sin embargo ha tenido que echar mano a los ideólogos del «entronque», a la alta dirigencia del MBL. El MIR, en otras palabras, se hizo imprescindible dentro de un sistema paradójicamente incapaz de producir hegemonía, pues, en Bolivia, según se ha demostrado empíricamente, es difícil crear una mayoría absoluta, y la gobernabilidad se efectúa a través del pacto de fuerzas políticas dentro de un modelo de gobierno semipresidencialista/semiparlamentario (Gamarra). El problema es que el llamado «pacto de-

mocrático» es un acuerdo formal que sirve para repartirse los cargos públicos, pero no sirve para la puesta en marcha de los proyectos del Estado. Esa fue la racionalidad que guió la simulación de una convivencia sin conspiración que decoró el consenso entre las fuerzas políticas en el periodo.

Además, otro factor de inestabilidad se desprende de la estructura de los partidos que, a pesar de la retórica y buenas intenciones, da forma a entidades institucionalmente vacuas forjadas alrededor de líderes «carismáticos» y de ahí la seducción por el movimientismo, enaltecido también por el «entronque». En Bolivia casi todas las organizaciones políticas se definen como movimientos: MNR, MIR, MBL, Movimiento Sin Miedo (MSM) e incluso los nuevos partidos indigenistas, el Movimiento Indio Pachacuti (MIP) y el Movimiento Al Socialismo (MAS), son seducidos por esa semántica inexorlicable y que en los hechos también la reprodujeron las otras organizaciones partidarias: Acción Democrática Nacionalista (ADN), la Nueva Fuerza Republicana (NFR), la Unión Cívica Solidaridad (UCS) y Conciencia De Patria (Condepa).

4. La idea de entroncar al MIR con la revolución nacional fue difundida a través de *El Mirista*, medio impreso de la organización en los años 70. Para tener una visión histórica del MIR, v. Susana Peñaranda y Omar Chávez.

5. V. el trabajo de Stéphanie Alenda, quien hace un esquema histórico detallado de las alianzas políticas que se construyeron luego de 1983.

Octubre de 2003: preludios del referéndum

En fin, la inestabilidad y la ingobernabilidad política, alimentada por los factores arriba citados, fueron el marco para una insurrección popular que condensó las reivindicaciones campesinas y urbanas a través de consignas de alcance preciso. A nivel interno, se destacan el clamor por las autonomías y la oposición al régimen tributario municipal. En cuanto a la proyección exterior del movimiento, la sociedad civil exige participación en la definición de la política de producción y exportación del gas.

La insurrección cívica de octubre de 2003 se dio además como una acumulación de conflictos pasados, de la «guerra del agua» a la pre-insurrección de febrero de 2003, dando confianza al movimiento popular que, desde el punto de vista puramente táctico, por fin logró cercar al Estado, aunque, desde el punto de vista estratégico, solo se conformó con abrir las puertas para una reforma estatal que aun no tiene definición en sus alcances ni indica quiénes serán sus realizadores. Es evidente que quienes quieran tomar la iniciativa no podrán salirse de la partitura establecida por el sistema político que sobrevivió a la crisis, ni sustraerse del margen de acción que permite la dependencia externa. Pues es importante decir que, en octubre, la elite política tradicional no fue desactivada, porque ella tuvo la suerte de contar con la mediación del embajador norteamer-

icano y con el concurso de su fracción ilustrada y progresista, que vinieron a insuflar vida y salvar la maltrecha maquinaria del Estado con un reemplazo, en un país en el que la eternidad parece componerse de interinatos (Zavaleta, p. 38).

En esas circunstancias, Carlos Mesa se presenta providencialmente y, por su actitud crítica a la política represiva de Gonzalo Sánchez de Lozada, ganó rápidamente popularidad al asumir sus tareas con ánimo y seriedad. El referéndum fue el campo donde demostró eficacia técnica en lo político, e iniciativa para realizar las reformas que los partidos estaban prometiendo y que los líderes del movimientos sociales no saben concretarlas porque no tienen el poder o porque no poseen los recursos intelectuales suficientes para hacerlo. Es por eso que la coyuntura actual y las tareas que vengan en el futuro no pueden comprenderse si no se analiza el referéndum y las implicaciones que en el mismo tuvieron los actores.

La pedagogía del referéndum

El primer objetivo del referéndum, a través de la consulta ciudadana, apunta a la reforma de la política energética, a la modificación del carácter de la organización de la producción y de la estrategia del mercado del gas, con el fin no solo de buscar una mejora de los beneficios económicos para el Estado, sino de posesionarse ventajosamente ante una eventual negociación de la cuestión marítima con Chile⁶. Sin

embargo, más allá del proceso de consulta de los contenidos, el referéndum se convirtió en un campo de batalla donde la oposición ensayó el debilitamiento del Gobierno, que, a su turno, sabía que allí jugaba su legitimación, requisito necesario para su estabilidad, con vistas a asegurar la finalización del mandato en 2007, intención implícita de Mesa.

En ese sentido, el referéndum dinamizó la política boliviana y descubrió los rasgos de una nueva cultura ciudadana que todavía no puede ser evaluada o presentada como un cambio de mentalidad efecto de la transición democrática. Tampoco puede juzgarse la respuesta popular como el resultado de una mera acción mediática, imprescindible hoy en día para lograr éxitos en la política. En el primer caso, es importante puntualizar que los ciudadanos participaron con entusiasmo; a diferencia de las elecciones, la participación ciudadana fue espontánea y lejos de la motivación compensatoria y clientelar estimulada por los partidos en

épocas electorales. Nadie depositó su voto bajo la idea de que un «sí» o un «no» le daría derecho a un pequeño regalo, a una ilusión de bienestar o a la posibilidad de un empleo. En ese sentido, el referéndum puede constituirse un momento de comparación, como un testimonio para medir y evaluar el estado de la cultura política en Bolivia.

En el segundo caso, el éxito del referéndum podría atribuirse a la publicidad y a la persuasión mediática; además podría decirse que el presidente, buen comunicador y conocedor de las artes subliminales, no dudó en ejercitar sus competencias para lograr sus objetivos. Si se considera el diseño de la papeleta de votación, se ve que no es inocente el entorno verde del espacio donde la gente debía marcar el «sí» y el rojo donde debía señalar el «no». Por otra parte, el texto sirvió también para restituir en la memoria del votante el nombre de Sánchez de Lozada, contra quien se instaló el nuevo gobierno y contra quien construye su imagen el presidente.

6. Es importante exponer el contenido de las cinco preguntas para comprender las reflexiones a las cuales se ha enfrentado el ciudadano boliviano: 1) ¿Está usted de acuerdo con la abrogación de la Ley de Hidrocarburos N° 1.689 promulgada por Gonzalo Sánchez de Lozada? 2) ¿Está usted de acuerdo con la recuperación de hidrocarburos en boca de pozo para el Estado boliviano? 3) ¿Está usted de acuerdo con refundar Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, recuperando la propiedad estatal de las acciones de las bolivianas y los bolivianos en las empresas petroleras capitalizadas, de manera que pueda participar en toda la cadena productiva de los hidrocarburos?

ros? 4) ¿Está usted de acuerdo con la política del presidente Carlos Mesa de utilizar el gas como recurso estratégico para el logro de una salida útil y soberana al océano Pacífico? 5) ¿Está usted de acuerdo con que Bolivia exporte gas en el marco de una política nacional que: cubra el consumo de gas de los bolivianos y de las bolivianas; fomente la industrialización del gas en el territorio nacional; cobre impuestos y/o regalías a las empresas petroleras llegando al 50% del valor de la producción del gas y del petróleo en favor del país; destine los recursos de la exportación e industrialización del gas, principalmente para educación, salud, caminos y empleos?

Carlos Mesa: los nuevos mandarines y los viejos actores políticos

A pesar de su torpe final con violencia, hay que reconocer que Sánchez de Lozada fue el más moderno de los mandatarios del periodo de la transición democrática, eso si tomamos en cuenta la cuestión del liderazgo. Sánchez de Lozada fue quien, como ningún otro presidente, sedujo a los intelectuales, prometiéndoles el rol de mandarines para las decisiones políticas. Así, a su manera, quiso quebrar el carácter de caudillo y patriarca de los «jefes» políticos bolivianos. Su primer gobierno fue de «independientes», destacando principalmente la participación de Víctor Hugo Cárdenas, vicepresidente de la República, quien fuera reconocido como intelectual y sobre todo como portavoz aymara. Los objetivos de Sánchez de Lozada no solo trataron de extender su influencia política o de cumplir con actos mesiánicos y altruistas; en los hechos, el tipo de cooptación que ejerció le permitió rodearse de prestigio y neutralizar las voces críticas de la sociedad.

Mesa entró en la política por esa vía, y los hechos de octubre de 2003 y el referéndum le conceden la posibilidad de una larga presencia en la vida política boliviana. Su protagonismo no sorprende, pero crea entre los que generan la opinión pública juicios cada vez menos generosos. Por ejemplo, uno de sus más próximos homólogos, el periodista Cayetano Llobet, osa com-

pararlo con el ex-presidente el general Barrientos, y lo clasifica como un nuevo caudillo populista, a causa del estilo desenvuelto de sus actuaciones frente al país (*La Razón*, 15/8/04). La actitud del analista es intencionada y suena a denuncia; sin embargo, una cosa queda demostrada: Mesa a aumentado su capital social y político adquiriendo un perfil de verdadero líder nacional, cosa difícil de lograr en la bien segmentada cultural, regional y socialmente república boliviana. Los cinco aspectos que permiten medir su posicionamiento son los siguientes: primero, ha desplazado de la escena a los líderes tradicionales, especialmente a Jaime Paz, quien constituyó el símbolo de la generación del «entronque»; segundo, se ha hecho abanderado de las principales consignas de los movimientos sociales y de la sociedad civil; tercero, tiene el apoyo de las Fuerzas Armadas, pues ha dado, como ningún otro presidente a escala internacional, sentido de actualidad al fundamento simbólico de su identidad: la cuestión marítima, «el deber de recuperar el mar» que juran a diario los militares; cuarto, se ha legitimado a través de un referéndum que cumplió una función plebiscitaria; y quinto, ha adquirido una gran simpatía internacional, pues a excepción de Chile, se constituye en un interlocutor calificado en lo que toca a la integración regional y al sustento de la estabilidad en el Cono Sur y, en ese sentido, ha opacado el protagonismo de Evo Morales, quien al interior de Bolivia, hasta el pasado octubre,

se preciaba de gozar del afecto del presidente brasileño Luíz Inácio «Lula» da Silva y del argentino Néstor Kirchner.

Si, al igual que Barrientos, Mesa podría conversar en quechua o aymara, las dos lenguas más habladas después del español en Bolivia, él mismo resolvería por la vía lingüística, de la comunicación, parte de los clivajes étnicos nacionales, consolidando aún más su liderazgo, pues, además, el presidente ha aprendido en breve tiempo que no basta la persuasión intelectual para reformar el país, para hacer política en los Andes.

Aymaras e indígenas: la oportunidad desaprovechada

Las dos principales fuerzas políticas que se atribuyen la representación de los indígenas, el MAS y el MIP, de la misma manera que las organizaciones sindicales antes de la insurrección de octubre, pedían en todos los foros públicos la realización de un referéndum; no obstante, una vez éste se puso en marcha, ellos se opusieron con el mismo radicalismo con el que lo demandaron. Esa actitud ambivalente, luego de que el acto de consulta se llevó a efecto, desgastó su poder de interpección política y, lo que es peor, les condujo por el destino incierto de los partidos tradicionales.

Con características, estructuras y estrategias diferentes, cada una de esas fuerzas políticas presenta una específica

conducta en la coyuntura. El MIP reivindica una identidad eminentemente aymara y el elemento que pone límites a su desarrollo es el del doble aislamiento al que se somete, interior y exteriormente. No ha logrado integrar otras fuerzas y actores de ese grupo étnico, ni a los intelectuales ni organizaciones de base como al Conamaq⁷, que podría constituirse en su mejor aliado. En cuanto a sus relaciones externas, el MIP se ha autosofocado en una política principista, cuyas pretensiones maximalistas de refundar el país sobre bases de identidad étnica, es incapaz de ser viabilizada para proveer beneficios concretos a su electorado que a su vez le permita perdurar a mediano y largo plazo. El objetivo del MIP es crear una república indígena, restaurar el Qollasuyo.

En cuanto al MAS, ha tenido la capacidad de construirse coherentemente en el campo de la lucha política boliviana. Son varias sus ventajas. Cuenta con un líder trilingüe, que puede dirigirse al pueblo indistintamente en castellano, quechua o aymara; la cuestión lingüística en el discurso de los dirigentes políticos es un elemento, una variable que ha sido considerada anecdóticamente en los análisis políticos, sin embargo esta cuestión parece fundamental para legitimar tal conducta. En la historia moderna solo el general Barrientos no tuvo complejos para uti-

7. Confederación de Ayllus y Marcas del Qollasuyo (Conamaq), agrupación de las organizaciones tradicionales indígenas de los Andes bolivianos.

lizar el quechua como lengua de comunicación. En ese sentido, en función de la cada vez mayor participación de los indígenas en el Estado y en los círculos de decisión, el peso de la cuestión lingüística será decisivo en el futuro de la política boliviana, que dicho sea de paso, eso es lo que queremos enfatizar con el parágrafo introductorio de nuestro trabajo.

Por otro lado, el MAS tiene otras ventajas. Por ejemplo, su voluntad de constituirse en un partido moderno, una izquierda viable, para lo cual se esforzó por ampliar su base social y comprometer la participación en su seno de viejos líderes locales y nacionales, de esta manera se propone sobrepasar el aislamiento indigenista que sufre el MIP. En cuanto a sus desventajas, su ligazón intrínseca con los campesinos productores de coca, cuyas demandas (no erradicación de la hoja de coca y libertad de producción) tocan un punto sensible en la política exterior de EEUU y contribuyen a su aislamiento internacional. Es claro que, si el MAS no actúa en consecuencia con su electorado, con los campesinos cocaleros, pierde su razón de existencia. Es este tema el que en lo fundamental ha privado al MAS de la posibilidad de ampliar sus alianzas internas y externas.

Consecuencias y desenlaces: hacia las elecciones de 2007

Una de las principales consecuencias del referéndum es la aparente estabi-

lización de los conflictos que permite avizorar con menos incertidumbre las elecciones de 2007. Las próximas elecciones municipales, que se llevarán a cabo en diciembre del presente año, darán una imagen del reacomodo de las fuerzas sociales y políticas en Bolivia, y mostrarán una nueva característica en el modo de participación. En las elecciones locales previstas, los ciudadanos podrán representarse a través de «organizaciones ciudadanas»; esta nueva modalidad de participación quiere resolver la crisis de representatividad que sufren los partidos y se presta, de cierta manera, como mecanismo para desactivar el sistema vigente.

Siempre en la perspectiva de las elecciones de 2007 y considerando la situación global de la evolución de la política, en el futuro próximo se avizora a Mesa y a Morales como los personajes centrales en el escenario; sin embargo no se debe menospreciar el rol de otros líderes que manifiesten estar dispuestos a adecuarse a la coyuntura de las reformas y que respondan a la demanda política de los ciudadanos, como es el caso del ex-presidente Jorge Quiroga, quien retornó al país manifestando explícitamente esas intenciones. Quiroga es un político joven que quiere presentar una nueva derecha: liberal, progresista, con convicción democrática y sobre todo dispuesta a trabajar por los intereses nacionales. Es pertinente decir que el resultado negativo que Quiroga obtuvo en las anterio-

res elecciones de 2001, fue en realidad un tributo a su pretensión de democratizar y modernizar la vieja estructura autoritaria y patrimonial heredada del banzerismo, del partido que representaba, impidiéndose gozar del apoyo de todos los sectores de la ADN.

En esta coyuntura, si bien los políticos parecen confiar en que el camino hacia las elecciones de 2007 será llano, en realidad la prueba del caso se verá a través de la realización de la constituyente y de la activación de las autonomías étnicas y regionales. Asimismo, quien pretenda tener éxito en 2007, no solo deberá responder a esos dos grandes temas de la agenda política, sino además tendrá que presentar un partido de espíritu federalista, en el cual sus secciones internas demuestren autonomía plena y representen eficazmente a las regiones culturales y a las identidades étnicas que conforman el país. Otro prerrequisito es la puesta en marcha explícita de un discurso trilingüe para relacionarse con el electorado y con la sociedad civil. Por último, los partidos y los actores políticos bolivianos deben adaptarse a la nueva cultura que vive la sociedad global: un sistema basado en la interconexión

reticular, que ha transformado la verticalidad de las jerarquías y ha introducido la horizontalidad de la comunicación (Castells).

Bibliografía

- Alenda, Stéphanie: «Bolivie, les limites de la consolidation institutionnelle: L'érosion du pacte démocratique», *Problèmes d'Amérique Latine* N° 49, 2003, pp. 71-99.
- Castells, Manuel: *L'ère de l'information; la société en réseaux*, Fayard, París, 2001.
- Debray, Régis: *La critique des armes*, Seuil, París, 1974.
- Dunkerley, James: *Rebellion in the Veins: Political Struggle in Bolivia 1952-1982*, Quipus, La Paz, 1988.
- Gamarra, Eduardo: *Political Stability, Democratization in The Bolivian National Congress*, Pittsburgh University, Pittsburgh, 1987.
- Peñaranda, Susana y Chávez, Omar: *El MIR entre el pasado y el presente*, Artes Gráficas, La Paz, 1992.
- Rojas Ortuste, Gonzalo: *De ángeles, demonios y política; ensayos sobre cultura y ciudadanía*, Muela del Diablo, La Paz, 1999.
- Rojas Ortuste, Gonzalo: *Elites a la vuelta del siglo. Cultura política en el Beni*, PIEB, La Paz, 2000.
- Sorokin, Pitirim: *Social and Cultural Mobility*, Free Press Paperback, Londres, 1959.
- Zavaleta Mercado, René: «Las masas en noviembre» en *Bolivia, hoy*, Siglo XXI, México. 1983.

Prensa consultada

- Pulso*, Semanario. La Paz, Bolivia.
La Razón, La Paz, Bolivia.
Los Tiempos, Cochabamba, Bolivia.